

Como un pellizco

El área de servicio, solitaria y empeñada en un mutismo que le resulta desacostumbrado, repele en lugar de ofrecer amparo. Se arrebujaba en el anorak y busca una migaja de calidez en el confort de la prenda. El sol polaco, medroso como un perro habituado al castigo, insiste en su resguardo y, bajo la pelambre de nubes, le asaltan un millar de pensamientos: el examen de inglés del chiquillo, con su «*Good morning*¹» y los dibujos con que le obsequia antes de cada ruta; el aroma a bergamota del agua de colonia de Alicia, con su «*Vigila la carretera y no te excedas al volante*»; el estallido de los misiles contra el almacén de ladrillo y cotidianidad hecho pedazos por la guerra narrada en el noticiario, con su «*La barbarie alcanza Kiev*». A su lado, la cabina del camión se recorta en el mismo cielo borrascoso, con ese consuelo de concha de caracol inquebrantable ante la pisada del mundo, recordándole la hermandad del camino compartido tramo a tramo. De su padre, camionero como él, aprehendió una querencia por las cosas sencillas y un pundonor que le nace de un punto indeterminado en el costillar, *como un pellizco*, que le hace ponerse firme al volante y dichoso del esfumado que el paisaje compone a un lado y otro de la vía.

En las últimas horas, por contra, se ha sentido pequeño, minúsculo en el interior de la cabina, acometido por la extrañeza de las guerras que no tienen cabida en las callejas de su pueblo, donde se juega al mus en los bares y se deja propina al camarero y se pide el cupón de lotería con un guiño, bromeando con que no vaya a caer el premio y te pille a ti en un puerto de montaña y no te enteres de que eres millonario hasta más tarde; tan distinto al modo en que caen las bombas en las azoteas jalonadas de ropa tendida al sol medroso, ese tan cobarde hasta para templar las sábanas, y no te enteras de que tu vida se ha deshecho en una escombrera de hormigón, hierro retorcido y miseria hasta que ya es demasiado tarde. Estira las piernas, se da unas palmaditas en los antebrazos y dirige una mirada al remolque. Se aúpa a la máquina y reemprende la marcha. La urgencia le lleva a la nuca una correría de hormigas. La distancia que separa la frontera entre Polonia y Ucrania y el pueblo castellanoleonés de camareros atentos y juegos de cartas es de al menos 3.000 kilómetros y, con una punzada de dolor, mirando con fijeza su efigie cansada en el retrovisor, deduce que aún debe de ser mayor la distancia a la que la cordura huye de los campos de batalla.

¹ *Buenos días.*

Algo después un convoy de utilitarios, cargados hasta los topes de muebles equilibristas sobre los vehículos y pertenencias que nunca sospecharon ser parte de una hégira atropellada, acarrea a familias que se arraciman como animalillos en una conejera, con una mescolanza de horror e incertidumbre ovillándose en las miradas. La hilera de coches recorre con la parsimonia de una procesión el carril de su izquierda y, lenta pero inexorablemente, acaba por desaparecer en pos de algo, lo que sea, que pueda hacerles recobrar la dignidad. Alcanza el paso fronterizo al cabo de una hora, aunque, para entonces, el tiempo ha adquirido una condición elástica y se estira con una fatalidad vertiginosa. ¿Cuántos proyectiles habrán alcanzado las azoteas de ropa húmeda y antenas de televisión en su demora? ¿Cuántas madres habrán apretado los puños, hasta un blancor de rabia en los nudillos, aferrando el cuerpo tibio de sus hijos en la lobreguez de un subterráneo? ¿Cuántos padres, que antes resolvían el crucigrama del periódico dominical mientras el bálsamo del café recorría caprichoso los rincones de una salita minúscula, se despiden ahora de sus hijos con la pesadumbre de un arma sobre el hombro?

De su padre, camionero como él, aprehendió una querencia por las cosas sencillas y un pundonor que le hace ponerse firme al volante. Saluda con un gesto de la mano y explica a los militares polacos, en un inglés rudimentario prestado de la viveza y la paciencia de su chiquillo, que con ocho años le ha salido listo como un relámpago, que es español y trae comida, medicamentos y ropa para bebés en el remolque. Todo lo que han podido reunir, allá en el pueblo, para asistir a los refugiados que escapan de la guerra en Ucrania con la estampa indeleble de la barbarie pergeñada en las espaldas. Tras descargar las cajas, se da la mano con un soldado que acaba por abrazarlo y con ello le presta una migaja de la calidez que el anorak mendiga porque el mundo es frío, frío, y se vuelve gélido con el estrépito de los disparos. Descansa lo justo, lo bastante para cumplir con su querida Alicia, aromada de bergamota, y acomete el regreso; el retorno a sus callejas sin escombros ni miseria ni cuerpos desprovistos de futuro alfombrando las avenidas. En el interior de la cabina dedica un instante, breve, a su efigie en el retrovisor; luego otro, más pausado, a uno de los dibujos de su hijo: con ceras de colores y pericia, le ha retratado con su camión y una enorme bandera ucraniana, como un arcoíris bicolor sobre el hombrecillo rechoncho. A un lado, con caligrafía esmerada, ha escrito: «*I'm proud of you*²». Siente una pulgarada en un punto indeterminado del costillar, como un pellizco, y se yergue al volante. Está seguro de que al chiquillo le irá bien en el examen de inglés. Quisiera pensar lo mismo del mundo.

² *Estoy orgulloso de ti.*